

Vale más cualquier quimera que un trozo de tela triste: mi voto por el sí

**No hay muerto que no me duela
No hay un bando ganador
No hay nada más que dolor
Y otra vida que se vuelva
La guerra es muy mala escuela
No importa el disfraz que viste
Perdonen que no me aliste
Bajo ninguna bandera**

Milonga del moro judío, Jorge Drexler

Mi vida está atiborrada de recuerdos de esta guerra. Desde pequeña, he escuchado una y mil veces de boca de mis tías las historias de los Chulavitas y los Pájaros, las historias de las macabras técnicas para matar a la gente en los años 50. Los anfiteatros llenos. El recuerdo de la noche del 9 de abril cuando mi abuelo ordenó a todos sus hijos guarecerse por varios días.

Nací y me crié en un pueblo del centro del Valle lleno de estos relatos que se eternizaron en el imaginario de la gente y en la mente de los que siniestramente persisten en la violencia como mecanismo de poder. La irrupción del narcotráfico en los años 80 dejó huellas para las nuevas generaciones. Ya no solo eran las leyendas ensangrentadas de las décadas pasadas. Eran los vecinos y amigos de amigos que desaparecían para luego aparecer flotando en el río Cauca. O para nunca aparecer y quedar en el limbo del mundo de los desaparecidos, almas que lloran acá y allá. Luego, el amor me llevó al norte del Cauca, una zona tradicionalmente afectada por la indolencia estatal y por la presencia de diferentes grupos armados, pero llena de vitalidad y calor humano por la diversidad de gente que la habita y por la historia que han ido construyendo. Viví ataques guerrilleros, cilindros bomba y la incursión de los grupos paramilitares. Y así podría ir sumando recuerdos de diferentes momentos, todos cargados de matices de violencia: candidatos presidenciales, policías, ministros, concejales, líderes comunitarios, enfermeras de zonas rurales, niñas, cantantes líricos, jóvenes ilusionados que se enlistaban como soldados profesionales, jóvenes desilusionados que enlistaban en ejércitos irregulares, profesores universitarios, todos, absolutamente todos, muertos en vano.

En 1999, las acciones del conflicto armado acabaron con la vida de más de 42.000 colombianos. Una de esas vidas era la de don Kurt, o Hugo, como le gustaba que le dijeran. Era mi suegro, el abuelo de

mis hijos. El conflicto les quitó a mis hijos el derecho a un abuelo que con sus manos les enseñará a hacer una cometa o una máscara de papel maché para que usaran como disfraz en octubre. Un abuelo que tal vez los condujera por el misterioso mundo de las plantas medicinales. Ese mismo mundo que aprendió de su mamá.

En un país sin conflicto, quizás hubiéramos tenido la oportunidad de verlo envejecer. Ver sus canas, sus ojos cristalinos, su piel marcada por un millón de soles. Escuchar sus cuentos y anécdotas una y mil veces. Los hijos pueden tener dos abuelos; los míos, solo uno. Y yo, ningún suegro; mi compañero de vida, ningún padre. Nunca ha habido en mi familia un atisbo de rencor. Dolor, por supuesto, por la ausencia del padre, pero comprendemos que su muerte fue el resultado de la vorágine de violencias que nos acompañan. Hace mucho tiempo hemos perdonado. Esta historia en particular me afecta directamente, pero me afectan todas y creo que como colombianos llevamos marcadas demasiados relatos tristes que nos acompañarán hasta el final de nuestros días. De los cientos de miles de víctimas, hay unos con más preeminencia, cuyos nombres todos recuerdan. Aunque la inmensa mayoría solo viven para sus familias, pero deberían dolernos todos.

Hubo un momento en el tiempo en que sentí muy descorazonada y en el que pensaba que nuestras violencias eran irremediables. En el que sentía mucho dolor al observar el país en el que tendrían que crecer mis hijos. Por ello, no puedo dejar de sentirme tan entusiasmada y feliz en este instante. Sé muy bien que este es solo uno de los problemas que esta compleja sociedad enfrenta, pero es que ha sido un problema de proporciones mayúsculas. Voy a hacer un ejercicio anacrónico: voté si por la Séptima Papeleta, voté sí por el acuerdo con el M19, voté sí por el acuerdo con los paramilitares. Por todos los acuerdos votaría siempre

Vinicius, Diego Giovanni Bermúdez Aguirre



sí. Porque a pesar de sus limitaciones, creo que nos ayudan a pulir el camino que nos permitirá construir una sociedad más humanista.

Sé muy bien que este es un acuerdo imperfecto. Sé que somos una sociedad imperfecta. Pero celebro este momento y celebro que mis hijos puedan ser testigos de él. Celebro que tengamos la excusa para hablar una y otra vez de las razones que nos llevaron a estar aquí, con nuestra familia, nuestros amigos y vecinos, con nuestros alumnos, haciendo un ejercicio histórico y pedagógico que nos ayude a entender, pero también a sanar. Celebro que en la divergencia nos veamos obligados a pensar de qué forma vamos a implementar estos acuerdos y de qué modo todos debemos participar en esa construcción. Y celebro, porque como Jorge Drexler dice en su *Milonga del moro judío*, “vale más cualquier quimera que un trozo de tela triste”.